



LAS CRÓNICAS
SOBRENATURALES DE

MILENA CROW

MAURO CROCHE
ELIZABETH VALKY

mī

Las crónicas sobrenaturales de MilenaMauro Croche & Elizabeth
Crow Valky

Las crónicas sobrenaturales de Milena Crow

Las crónicas sobrenaturales de Milena Crow

Mauro Croche
Elizabeth Valky

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Las crónicas sobrenaturales de Milena Crow](#)

Rudnick, Elizabeth

Aladdin : la novela / Elizabeth Rudnick. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2019.

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-87-0155-8

1. Narrativa Argentina. 2. Crónicas. I. Título.

CDD A863

Mirada Crónica

Una colección dirigida por Leila Guerriero

© 2019, Fernando Krapp

Imagen de cubierta: Tintorería Yamato, Lomas de Zamora, Buenos Aires.

Todos los derechos reservados

© 2019, Tusquets Editores S.A.

AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: julio de 2019

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Las crónicas sobrenaturales de MilenaMauro Croche & Elizabeth
Crow Valky

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-87-0155-8

Para mi esposa Lorena, por su apoyo constante y por creer siempre en mí, y a mi hijo Leandro, mi persona favorita en este mundo.

MAURO CROCHE

Dedico este libro a mi familia.

A mi esposo quien me ha apoyado y ha estado conmigo todo este tiempo. A mi hija que es el motor de mi vida.

A mis amigos que creyeron en mí. A los Valkyrianos que estuvieron en todo el proceso.

A todos los que prestaron su ayuda desde el inicio, a todos ellos está dedicado con mucho cariño y amor este libro.

ELIZABETH VALKY

CRÓNICAS (I)

TABLA OUIJA

La siguiente es la primera de muchas entrevistas que la colaboradora y periodista freelance Milena Crow ha realizado para la revista de suscripción mensual Los Misterios del Unicornio Amarillo (ya extinta).

Fecha de publicación: 31 de agosto de 2016.

Tabla Ouija

Por: Milena Crow

© Todos los derechos reservados

La entrevista tiene lugar en la casa de Patricia Nores, quien vive en un barrio latino de Main Street, Junction City, con su abuela de ochenta y dos jóvenes años. Mientras la señora realiza los quehaceres domésticos con sorprendente energía, Patricia me invita a sentarme en uno de los sillones del living y, café de por medio, comienza a relatar su experiencia.

Patricia: No debimos llevar a cabo ese juego. No al menos con la presencia de Bea. La conozco desde la primaria, y ella siempre fue muy tímida y callada, le tenía miedo a todo. Cuando hablaba, se ponía toda roja y tropezaba con las palabras. Tenía un principio de tartamudez... Tuvo un solo novio, pero él la dejó a los dos meses de comenzar la relación. Por otra chica, se entiende. Ella estaba muy enamorada de él, y cuando el tipo se fue con la otra, quedó real-

mente muy mal. Pensamos... teníamos miedo de que se hiciera daño, ¿entiende?

Milena Crow: Una persona muy sensible e introvertida.

P: Era como una crisálida. ¿Sabe lo que es eso? Pero todos sabíamos que ella nunca saldría del capullo, que jamás desplegaría las alas para ver la luz del sol. Intentamos ayudarla, ¿sabe? Pero ella no quería que la ayudaran. Bea navegaba mucho por Internet... pasaba horas delante de su computadora. Primero fue en el chat, en la época en que todavía existía el Latin Chat, ¿lo recuerda?

MC: Creo que todavía sigue existiendo.

P: Y después fue MySpace, y después Facebook, y después no sé qué otra cosa para hacer amigos... Ella decía que tenía muchos amigos. Hablaba mucho con ellos a través de la webcam. Pero usted sabe cómo son los amigos que uno conoce por Internet. Pueden desaparecer de la noche a la mañana sin dejar rastro, como si nunca hubiesen existido. ¿Nunca se puso a pensar en eso? Tal vez los «amigos» de ella no eran tales, sino una máquina que le respondía frases programadas. Da miedo pensar esas cosas, ¿no?

MC: Pero ella estaba sola.

P: Claro que sí. Era la persona más solitaria de la Tierra. Su única amiga verdadera era yo... (Se queda pensando un rato, al tiempo que su mirada se torna algo difusa.) Debí haberla cuidado mejor. Debí haber insistido en que no fuera a esa estúpida sesión de ouija.

MC: ¿Qué pasó aquella noche? ¿De quién fue la idea de hacerla?

P: Oh, fue uno de los amigos de mi novio, Darío. Esa noche era Halloween, o Noche de Brujas o de Muertos, o como quiera llamarla. Darío dijo que era una ocasión perfecta para comunicarse con los espíritus, porque los límites que nos separan de los muertos desaparecen, o al menos se tornan más delgados... algo así. Empezó como una broma, pero después sacaron unas cervezas y bebieron y el asunto empezó a ponerse serio. A mí nunca me gustaron esas cosas... Pensaba que era como jugar con fuego. Uno cree tener el fuego dominado, pero nunca sabes cuándo una chispa puede saltar hacia tu vestido y transformarte en una antorcha humana. Y además estaba Bea... sabía que las tablas ouijas pueden afectar a las personas sensibles.

MC: ¿No trataste de advertirle?

P: Claro que lo intenté. Pero ella no pareció escucharme. Su mirada se había vuelto brillante... como si estuviera entusiasmada con la idea del juego. Y eso es algo que no se ve muy seguido, ¿sabe? Porque Bea... ella siempre fue una chica muy apagada...

MC: Y entonces llevaron a cabo el juego.

P: Fue exactamente a la medianoche. Creo que todos estábamos bastante borrachos. Alguien sacó no sé de dónde un tablero con letras y números; Darío encendió una vela; y otro muchacho apagó la luz y quedamos en penumbras. Nos sentamos alrededor del tablero y nos tomamos de la mano. Mi novio estaba sentado a mi derecha, y Bea a mi izquierda. Recuerdo que su mano aferraba la mía y sudaba mucho. Darío nos dijo que cerráramos los ojos y comenzó el juego. Su voz de repente se tornó más profunda, y preguntó si había un muerto con nosotros en la sala. Alguien lanzó una risita, creo que fue Vanesa, una de las chicas que se encontraba presente esa noche, y hubo chistidos y pedi-

dos de que nos callásemos. Yo estaba ebria, terriblemente ebria, y pensaba que me divertía mucho, aunque en el fondo estaba comenzando a asustarme. ¿Por qué estábamos haciendo eso, por Dios? Éramos como esos adolescentes estúpidos de las pelis de terror, que siempre terminan metiendo la pata... Darío volvió a realizar la pregunta... y algo cambió en el ambiente.

MC: ¿En qué sentido?

P: Fue apenas perceptible, como cuando hay un cambio de luz en el cielo, pero creo que todos nos dimos cuenta de inmediato. Tuve que abrir los ojos. Darío estaba frente a la tabla de ouija, con un dedo sobre el puntero de madera, y cuando vio que lo miraba trató de sonreírme como si todo estuviera bien. Pero yo supe que él también había comenzado a asustarse. No éramos más que unos adolescentes borrachos, creyendo que podíamos meternos con las cosas más peligrosas. Ahora sé que hay que andarse con cuidado por la vida. La mente humana puede resultar muy frágil...

MC: ¿Qué pasó?

P: Primero fue la vela. La llama comenzó a sacudirse como si hubiera una brisa, aunque la casa tenía todas las ventanas cerradas, porque era una noche bastante fresca. Y después... la mano de Darío comenzó a moverse. Mi novio enseguida abrió los ojos y le dijo que dejara de hacer estupideces. Pero bastaba mirar la cara aterrada de Darío, con los ojos saltones y la boca entreabierta, para darse cuenta de que no se trataba de una broma. «No puedo parar de mover la mano», dijo. «No puedo...» Entonces la mesa se sacudió. Como si hubiese alguien debajo. Todos gritamos y nos paramos, y cuando traté de desprender mis manos de las de mi novio y de Bea... no pude hacerlo. Sencillamente no pude. Mis dedos estaban tan rígidos que parecían sol-

dados a los dedos de los otros. Vanesa comenzó a gritar que el juego ya no le resultaba divertido, que parásemos, y creo que los demás pensábamos exactamente lo mismo... solo que no podíamos. He pensado mucho desde entonces. He leído sobre el poder de la sugestión... ¿Sabía usted que si pone a un grupo de personas en un lugar cerrado y le indica a un cómplice que diga que hay olor a gas, los demás comienzan a oler lo mismo? Aunque el olor a gas sea totalmente inventado.

MC: ¿Fue ahí que Bea... tuvo ese incidente?

P: Fue un rato después de que descubriésemos que la mano de Darío señalaba siempre las mismas letras: «N» y «A». En ese entonces no lo relacioné con Bea. En mi terror, yo la había olvidado por completo, ¿entiende? Fue Vanesa quien me hizo verla. Ella comenzó a gritar, al tiempo que la señalaba... Miré hacia mi izquierda. Creo que casi me desmayé del susto ahí mismo. Porque la cara de Bea... se había puesto negra. Tenía la lengua afuera, colgando como un trozo de gusano... Miraba hacia arriba, estirando el cuello al máximo, como si hubiese algo horrible en el cielorraso. Abrió la boca, y de sus labios salió un rugido tremendo, algo que no era humano ni tampoco animal, sino algo, no sé, demoníaco. Giró la cabeza y me miró. Sus ojos reflejaban una terrible maldad, y supe que en ese momento no era ella, sino otra cosa, algo que se había apoderado de ella. Me sonrió... todavía sigo viendo esa sonrisa en mis sueños. Lo peor era que no podía apartarme de ella, porque tenía su mano soldada a la mía. Los otros gritaban y trataban de apartarse, pero lo único que lograban hacer era correr la mesa de un lado a otro...

P: ¿Dijo algo?

MC: Solo me sonrió. Como si supiese los peores secretos de mi alma... Sentí olor a amoníaco y cuando bajé la vista vi que me había orinado encima. Bea comenzó a acercar su cara a la mía... Aún se me pone la piel de gallina al recordarlo. Creo que quería morderme, o quizá pasarme esa lengua viscosa por la mejilla. Creo que me hubiese vuelto loca si hubiese hecho alguna de las dos cosas... pero entonces todo terminó. La vela se apagó, y nuestras manos quedaron liberadas de repente. Estábamos tironeando hacia atrás, de modo que cuando pasó esto perdimos el equilibrio y caímos al suelo. Alguien encendió la luz... Bea estaba sentada sobre su silla, con apariencia de dormida. Yo me acerqué a ella y la llamé... Alguien me dijo que no lo hiciera, que no la despertara, pero yo era su amiga, y debía actuar como tal. Aunque debo admitir que estaba muerta de miedo al tocar su hombro y sacudirla. Ella soltó un gemido y despertó... y luego comenzó a llorar. Se agarró a mí con todas sus fuerzas y comenzó a llorar. No quiso hablar sobre lo que había ocurrido.

MC: ¿Trataron de... buscar alguna explicación racional a lo ocurrido?

P: Eso fue después. En ese entonces teníamos tanto miedo que ni siquiera hablábamos entre nosotros. Yo me había orinado encima, y Vanesa me prestó unas bragas que tenía por ahí y me apresuré a cambiarme en el baño. Nos marchamos casi sin mirarnos. Era como si sintiéramos miedo de reconocer lo que había ocurrido en esa habitación. Yo llevé a Bea y la dejé en su casa. Ella se veía muy pálida; vomitó en el camino. Cuando nos detuvimos frente al jardín donde vivía, ella se giró hacia mí y me dijo... me suplicó... que me quedara a dormir con ella. Sus padres estaban de vacaciones en algún lugar de México, y ella no quería quedarse sola en la casa. No después de lo que le había ocurrido.

MC: ¿Y te quedaste?

(Patricia desvía la mirada. En ese momento, su abuela pasa con una escoba rumbo al patio y ella aprovecha para beber un poco de café. Aunque sospecho que más que beber, lo que hace es humedecerse los labios resecos. Luego sigue hablando frente a mi grabadora.)

P: Le dije que podíamos llamar a un médico. O mejor: podría acompañarla a un hospital si se sentía mal. Pero Bea negó con la cabeza. Estaba sentada en el asiento del acompañante de mi coche y yo no podía dejar de recordar su horrible rostro negro, su lengua que como un gusano recorría sus labios carnosos... y aquella sonrisa. Le dije que todo saldría bien, que ya nos olvidaríamos de todo. Era mi amiga, pero si usted hubiese visto lo que yo vi...

MC: Así que la dejaste sola.

(De repente, Patricia parece perder la compostura y se gira hacia mí con los ojos llorosos.)

P: Es que tenía mucho miedo, ¿entiende? Ella quería que yo me quedara a dormir con ella... pero ¿y si en mitad de la noche volvía a transformarse en esa horrible cosa demoníaca? ¿Y si comenzaba a saltar de la cama, o peor, me agarraba en la oscuridad mientras yo dormía a su lado? No podía... sencillamente no podía... Insistí en que todo saldría bien y luego ella bajó del auto. Mejor dicho, yo la empujé un poco... Y salí de allí pitando. Recuerdo que miré por el retrovisor y vi su cara pálida y bañada en lágrimas... Muchas veces sueño con eso, ¿sabe? Es decir, Bea era la única amiga que tenía desde los tiempos de la primaria... Aún no puedo creer que ella...

MC: ¿Qué hizo después?

P: Fui a mi casa. Me di una ducha. Y luego me acosté. Con todas las luces encendidas.

MC: ¿Recuerda la hora?

P: Debían ser las dos de la mañana.

MC: Hay un registro de llamadas tiempo después.

P: Sí, exacto. Ella, Bea, llamó a eso de las dos y media. Yo estaba con los ojos abiertos de par en par y los dientes aún me castañeaban, y el timbre del celular sobre la mesita de luz casi me infartó. Incluso antes de mirar la pantalla del celular sabía que era ella. Y durante un momento... durante un miserable momento... pensé en no atender. En no atender su llamada. Pero lo hice. Creo que fue lo único valeroso que hice esa noche. Atendí y le pregunté qué pasaba. Al principio no recibí contestación. Iba a repetir la pregunta, un poco más preocupada... cuando entonces escuché esa voz. Otra vez esa voz, que era como un rugido cargado de maldad. Me decía: «Patricia... Patricia...» una y otra vez. Y reía. O quizá lloraba. Corté. Creo que había comenzado a llorar de miedo. Ni siquiera pasaron dos segundos cuando el teléfono comenzó a sonar otra vez. Esta vez no atendí. El teléfono siguió llamando, y tuve que quitarle el sonido para no despertar a mi abuela.

MC: ¿No pensó en llamar a la policía?

P: ¡Claro que sí! ¿Quién cree que dio aviso a la policía? Llamé desde el teléfono de línea del living, porque al final había apagado el celular. Expliqué que una amiga podía encontrarse en problemas, y luego di la dirección de su casa. «Por favor, apúrense porque estoy preocupada por ella. Los llamaré dentro de un rato para ver si está todo bien», le dije a la operadora. Menuda amiga soy, ¿eh? Me senté sobre la mesa del comedor, cerca del teléfono, y me dispuse a es-